

via, fué consagrado por el obispo de Siracusa, y en el propio día de Navidad del año 857 subió al trono de Constantinopla el autor futuro del cisma de Oriente.

19. El papa Benedicto III sobrevivió poco á este acontecimiento que tan funestas consecuencias habia de tener. Murió el 10 de marzo de 858, con dos años de pontificado. Pontifice tierno y piadoso, manso y caritativo, consuelo y aliento de los enfermos y padre de los pobres, tuvo la dicha de ser alabado hasta por sus enemigos.

## CAPITULO IV.

### SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN NICOLÁS I EL GRANDE (25 de abril de 858-17 de noviembre de 867).

1. Eleccion de san Nicolás I el Grande. — 2. Cisma de Focio. — 3. Deposition del patriarca católico san Ignacio por un conciliábulo cismático. — 4. Carta hipócrita de Focio al papa. — 5. Focio excomulga al sumo pontifice. — 6. Basilio Macedonio. Destierro de Focio. — 7. Carta de san Nicolás el Grande á los obispos de las Galias, reunidos en el concilio de Troyes. — 8. Lotario y Waldrada. — 9. Concilio de Metz. — 10. San Nicolás anula sus actas y excomulga á Lotario y Waldrada. — 11. Negocio de Rotadio, obispo de Soissons. — 12. Conversion de los Búlgaros. — 13. Muerte de san Nicolás el Grande.

§ II. PONTIFICADO DE ADRIANO II (13 de noviembre de 867-25 de noviembre de 872).

14. Desconfianzas con motivo del advenimiento de Adriano II. — 15. Solemne protesta de Adriano II. — 16. Tentativas de Lotario para volver á entrar en la comunión del papa. — 17. Sacrilegio y muerte de Lotario. — 18. Sucesion de Lotario, causa de disensiones y guerras civiles. — 19. Embajadores del emperador Basilio en Roma. El papa le envia legados. — 20. Octavo concilio general en Constantinopla. — 21. Asunto de las Iglesias búlgaras. — 22. Muerte de Adriano II. Invasion de los Normandos en Inglaterra y Francia.

§ I. PONTIFICADO DE SAN NICOLÁS I (25 de abril de 858-17 de noviembre de 867).

1. Para mantener la lucha que iba á empeñarse entre el primado romano y los patriarcas de Constantinopla, era necesario un pontifice enérgico, hábil y prudente. Dios vela por los destinos de su Iglesia, y tiene en reserva, en los tesoros de su misericordia, esas almas nobles destinadas á dominar las malas pasiones de un siglo, y las da al mundo cuando es llegado el tiempo. San Nicolás I, á quien la admiracion del universo ha otorgado el dictado de Grande, fué elevado al solio pontificio el 25 de abril de 858. Hubo que violentar su modestia y arrancarlo á viva fuerza de la iglesia de San Pedro, á donde se habia refugiado: se le condujo con acompañamiento triunfal á San Juan de Letran para la ceremonia del

*possesso*, y el emperador Luis II, que á la sazón se hallaba en Roma, quiso llevar la brida del caballo en que iba montado el nuevo papa. No tardó san Nicolás I en mostrarse tanto mas digno del pontificado cuanto que mas vivamente concibió sus obligaciones, responsabilidad y peligro.

2. En solos seis dias, de simple lego, Focio habia pasado por todos los grados del clericato para ser ordenado de patriarca. Miguel el Beodo, y Bardas, digno ministro suyo, estaban satisfechos: no podia ser para ellos un censor rígido, como lo habia sido san Ignacio cuya silla habia usurpado; y semejante intrusion no podia menos de acarrear las mas funestas consecuencias. Es muy de notar que el cisma de Oriente, como la mayor parte de las grandes herejías que tanto han enlutado á la Iglesia, tiene por cuna el alma corrompida de un César adúltero que cree legitimar sus desórdenes sofocando la voz acusadora de un digno ministro de Jesucristo, y por instrumento un ambicioso sin fe ni principios. Ya hemos notado gérmenes de division entre Roma y Constantinopla desde el segundo concilio general en 381; pero Focio dió su fórmula definitiva á esta separacion, y la engendró con todos sus peligros religiosos y políticos. Él fué quien desgajó la rama del tronco, y la rama se secó por falta de la savia vivificante que solo podia hallar en Roma. Estableció una *Iglesia griega*, siendo así que Cristo fundó una sola Iglesia, la *Iglesia católica*, cuya silla central puso san Pedro en Roma. La division es muerte; la unidad vida. Cuando toque en el reloj del tiempo la hora del peligro para el imperio bizantino, amenazado por la media luna, se verá recurrir los emperadores de Constantinopla á los romanos pontífices, señores de Europa en la edad media; pero los papas que, obedeciendo á los belicosos instintos del Occidente, habrán podido lanzar al Oriente formidables ejércitos para detener el torrente desbordado del islamismo, se verán reducidos á la impotencia por la mala fe de los Griegos, cuando se trate de salvar á Constantinopla, en 1453, del yugo de Mahomad II.

3. Se levantó universal gritería contra la ordenacion de

Focio; para apaciguarla, el intruso quiso lograr por sorpresa la aprobacion de san Nicolás I. Le escribió pues una carta engañosa prodigándole lisonjas y mentiras. « Cuando pienso, » dice, en la pesada carga del episcopado, en la humana flaqueza, en la mia en particular, no puedo expresar el dolor » profundo de que se traspasa mi alma, al verme sujeto bajo » tan terrible yugo. Pero el emperador, humano con todos, es » cruel conmigo solo: los metropolitanos reunidos, todo el » clero y pueblo, llevados yo no sé por qué extraño impulso, » aclamaron unánimemente mi nombre apenas hubo renunciado su dignidad mi antecesor. Sin oír mis excusas é instancias, me han impuesto la carga episcopal; me han violentado » y han ejecutado su voluntad á pesar de mis lágrimas y tristeza. » Fueron enviadas estas hipócritas protestas al papa por una embajada de Miguel III y cuatro obispos griegos. Para mas encubrir la farsa, los diputados estaban encargados de pedir al papa dos legados para acabar en el Oriente los restos del partido iconoclasta, que no existia ya. La alta prudencia de Nicolás I y su celo por las reglas canónicas le impidieron caer en un lazo tan bien echado. « No podemos de modo alguno, respondió al emperador, aprobar la ordenacion irregular de Focio hasta que el patriarca Ignacio haya declarado » ante nuestros legados el porqué ha dejado su silla, y hasta » que hayamos aprobado canónicamente su deposicion, si ha » lugar. Cuando se nos haya presentado un relato fiel y exacto » de todos estos hechos, nos apresuraremos á tomar la decision que mas convenga á la tranquilidad y paz de la iglesia » de Constantinopla. » Salieron pues para el Oriente los legados de la Santa Sede, Rodoaldo, obispo de Porto, y Zacarías, obispo de Anagni, en 859, con mision de hacer las informaciones jurídicas del caso. Y no se crea que inquietase mucho á Miguel el Beodo este negocio tan grave; pasaba su vida en compañía de bufones, y burlándose con ellos, decia: « Teófilo » (uno de sus compañeros en sus bacanales) es mi patriarca; » Focio lo es de Bardas, é Ignacio de los cristianos: » juicio mas verdadero de lo que creia él mismo.

Focio y Bardas obraban con mas vigor. Mientras su embajada á Roma habian convocado un concilio en Constantinopla, al que asistieron trescientos diez y ocho obispos. Se depuso á san Ignacio so pretexto de que su eleccion no habia sido confirmada por el emperador. Llegaron entonces los del papa, pero quedaron tan aislados de propósito, que no podia llegar la verdad de modo alguno á sus oídos; antes fueron completamente seducidos por Focio con deplorables amaños y astucias y tuvieron la flaqueza de faltar á su mision, asociándose á la deposicion de san Ignacio. Fué este conducido á la asamblea revestido de sus ornamentos pontificales. A medida que le iban despojando del palio y demás vestiduras sagradas, los culpables legados repetian con todos los obispos la fórmula griega de la degradacion : *Ανδύτος*, indigno. Pero conociendo Focio cuán irregular era este procedimiento, quiso lograr de Ignacio una renuncia formal, en regla; mas el patriarca se obstinó enérgicamente, y entonces se le encerró en el sepulcro de Coprónimo, cuyas cenizas acababa de echar al aire Miguel III. Ignacio fué víctima de increíbles tormentos. Extenuado por los padecimientos y el hambre, tendido casi exánime en el sarcófago imperial, el patriarca vió ante sí á un hombre enmascarado. Este le azotó cruelísimamente; luego asió la mano de Ignacio, puso de fuerza una pluma entre sus dedos y le obligó á hacer una cruz en un pliego ú hoja de pergamino, é inmediatamente llevó la firma en blanco á Focio, que le aguardaba. Este escribió las palabras siguientes encima de la firma del mártir. « Yo Ignacio, indigno patriarca de Constantinopla, » confieso haber entrado en el obispado sin decreto de eleccion, y que he gobernado tiránicamente la iglesia que se me » habia encargado. » Despues de haber leído al pueblo esta impostura, Focio remitió una copia á los legados para llevársela á Nicolás I. Regresaron pues á Roma con un embajador de Miguel III, portador de cartas del intruso patriarca y del emperador para dicho soberano pontífice.

4. « La caridad, que estrecha los nudos de la amistad y des- » hace las tramas de la discordia, decia Focio en su carta,

» debe alejar con mas razon todo cuanto puede dividir al pa-  
 » dre y á los hijos. Vuestra Santidad me ha dirigido amones-  
 » taciones muy sensibles para mí; mas no las he atribuido sino  
 » á su aprecio de mi persona y á su celo por la disciplina de  
 » la Iglesia. Pero á pesar de ello, es muy cierto que yo soy  
 » mas digno de compasion que de reproches. Se me ha elegido  
 » á mi pesar; yo me lamentaba, yo reclamaba y me abando-  
 » naba á la desesperacion. Se me pusieron guardas, y aun en  
 » una cárcel como un reo. He perdido la paz y dulzuras de  
 » la vida de que gozaba en compañía de amigos virtuosos, en el  
 » estudio pacífico de la verdad, en el retiro de la sabiduría.  
 » Sabeis muy bien las espinas del eminente puesto que ocupó,  
 » la indocilidad del pueblo, su humor sedicioso y turbulento,  
 » su aversion por toda superioridad. — Pero, se me dirá, debias  
 » de resistir á la violencia. — ¿Se ha de culpar á quien la pa-  
 » dece, ó á quien la hace? Tal vez he resistido mas de lo que  
 » convenia. ¡Ah! si no hubiera temido las mas peligrosas con-  
 » secuencias, habria resistido yo hasta la muerte. — ¿Mas  
 » porqué, se me dice aun, haber quebrantado los cánones que  
 » prohiben elevar á un simple lego al obispado? — La iglesia  
 » de Constantinopla, Beatísimo Padre, no habia recibido los  
 » cánones que se dice haber sido violados. ¿Hasta en el mismo  
 » Occidente, los Latinos se atreverán á condenar á san Am-  
 » brosio (1), lumbrera de su país? Yo no hablo con espíritu de  
 » oposicion ni de resistencia, porque yo he opinado luego, en  
 » pleno concilio, en este sentido, y he hecho adoptar la proposi-  
 » cion de que en lo porvenir, en todo el Oriente, ninguno sea  
 » elevado al obispado sin haber pasado por los grados ordina-  
 » rios del clericalo (2). Mas ya ahora, seria hacer injuria á  
 » nuestros Padres dar efecto retroactivo á una ley reciente. »

(1) Se sabe que san Ambrosio, gobernador de Milan, era lego cuando el pueblo y clero reunidos le obligaron á subir á la silla vacante de su iglesia.

(2) Se puede notar aquí cuán cuerdo habria sido atenerse siempre, excepto algunas rarísimas excepciones exigidas por un singularísimo mérito y aprobadas por la Santa Sede, á la regla trazada por san Pablo : *Non neophytum, ne in superbiam elatus, in judicium incidat diaboli.* (Ep. I ad Tim., cap. III, v. 6.)

Focio debió triunfar con sus seidas de corrupcion, en el palacio imperial, con carta tan llena de artificio y superchería. Los legados que se habian concertado con este impostor no hicieron un relato mas sincero; é insistian sobre la cordura y sabiduría del último concilio de Constantinopla, sobre el mérito de Focio, « el hombre mas extraordinario que haya ilustrado al Oriente desde siglos y á quien el brillo de sus talentos y virtudes habian hecho elegir, á pesar de la repugnancia reiterada de su modestia. » Nicolás I no se dejó llevar de estas imposturas, é inmediatamente escribió á los patriarcas de Antioquia y Alejandria, y á todos los metropolitanos del Oriente, prohibiéndoles comunicar con el intruso. Para castigar ejemplarmente la escandalosa connivencia de sus legados, convocó en 863 un concilio en Roma. Rodoaldo y Zacarías, convictos de haber faltado indignamente á sus deberes, fueron excomulgados y depuestos del episcopado. Se anuló solemnemente el falso concilio de Constantinopla del año 859, que se llamó *latrocinio*, como el de Éfeso. La sentencia fué concebida en estos términos: « Focio, viviendo nuestro venerable hermano Ignacio, patriarca de Constantinopla, ha usurpado su silla y ha entrado en el aprisco como un ladron; contra todo derecho y justicia ha hecho anatematizar y deponer á Ignacio en un conciliábulo; ha quebrantado el derecho de gentes corrompiendo á los legados de la Santa Sede, y les ha obligado no solo á faltar sino á combatir nuestras propias órdenes; continúa persiguiendo la Iglesia, y no cesa de tratar bárbara é impiamente á nuestro hermano Ignacio. En consecuencia, por autoridad de Dios omnipotente, de los apóstoles san Pedro y san Pablo, Focio queda privado de todo honor sacerdotal. En cuanto á nuestro hermano Ignacio, arrojado de su silla, por violencia del emperador y prevaricacion de nuestros legados, declaramos en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que no ha incurrido jamás en anatema ni en pena de deposicion, y le mantenemos en su dignidad y funciones episcopales. » Este acto de vigor y autoridad apostólica no desarmó á Focio: él mismo forjó una epístola que decia haberle

sido escrita por el papa Nicolás, dándose la mas completa aprobacion ya á su ordenacion ya al concilio de 859. Pero por mas precauciones que tomara para hacer creíble esta nueva impostura, muy pronto fué conocida y mereció la indignacion pública. El descontento llegó á tal grado que Bardas, con quien la habia tratado, se vió forzado á hacer una sumaria legal para dar satisfaccion á la opinion. Mandó azotar públicamente á un monje desconocido á quien Focio habia escogido por cómplice de esta baja maniobra. El instrumento fué castigado por la mano misma que le habia empleado. Pero fué muy fácil convenirse de que esto era un juego infame, pues que pocos meses despues, este mismo monje logró por mano de Focio el cargo de magistrado encargado de administrar justicia en Constantinopla.

5. Focio llevó aun mas adelante la insolencia. En 866 convocó un nuevo conciliábulo en Santa Sofía. El patriarca intruso pronunció en él sentencia de deposicion y de excomunion contra Nicolás I y sus adherentes. Este atentado inaudito contra la autoridad de la Sede apostólica estaba apoyado en mil crímenes imaginarios, de que Focio acusaba al santo papa. El emperador Miguel el Beodo, todos los senadores de Constantinopla, tres legados de Oriente, magistrados, generales y mas de mil obispos y sacerdotes firmaron el acta de despojo, que fué dirigida al mismo papa, á todas las iglesias del Asia y á las nuevas que el mismo san Nicolás acababa de instalar en la Bulgaria. Focio expidió al propio tiempo una circular en la que decia que la *Iglesia griega* es la primera de todas las iglesias y la sola verdadera; que en adelante habia de quedar separada de la de Roma, « que ha corrompido la pureza primitiva de la fe. » Y hablando de los Latinos, añadia: « Hombres salidos de las tinieblas del Occidente han venido á alterar el sagrado depósito de las tradiciones. Apartándose del camino de la verdad y dejándose llevar de los errores del impío Manes, quieren anatematizar al matrimonio, institucion divina, y lo prohiben á los clérigos como si fuera un delito. Resultado de esta medida son los desórdenes

» secretos y una sorda inmoralidad. El colmo de su impiedad  
 » es el haber añadido al Símbolo sagrado de nuestra fe pala-  
 » bras nuevas : han añadido que el Espíritu Santo no solamente  
 » procede del Padre, sino también del Hijo; admitiendo así dos  
 » principios en la Trinidad y confundiendo las propiedades de  
 » las personas divinas. » Se ve cuánta razón daban los acontecimientos á la previsora prudencia del papa Leon III cuando se había resistido á las instancias de los obispos francos relativas á la adición inoportuna de la partícula *Filioque*. Focio al terminar su circular llama á los sacerdotes católicos ministros del Antecristo y corruptores públicos. Así es como Focio respondía con nuevas violencias á la indignación que contra él mismo habían producido las primeras. Apenas fué conocida en Constantinopla la noticia de la sentencia de excomunión dada contra Focio por el papa san Nicolás I, produjo aquella una sensación inmensa. Gran número de fieles se separaron abiertamente del patriarca cismático. Focio hizo castigar como á rebeldes y sediciosos á cuantos ponían dificultad en reconocerle : y los obispos católicos que osaban resistirle fueron depuestos de sus sillas y confinados á ciudades lejanas. El santo patriarca Ignacio, proscrito, supo que se había puesto precio por su cabeza : tuvo que fugarse y ocultarse; se disfrazó de mozo de cordel y se salió del palacio de su madre por entre los mismos asesinos enviados por Bardas para matarle. Errante y fugitivo, se salvó milagrosamente de las pesquisas y hombres enviados contra él. Focio, dejándose arrastrar por su ciega y desenfrenada ambición, daba libre curso á sus instintos de odio y venganza, y nada menos se proponía que la ruina total de la Iglesia romana. Empezó á separar de la comunión del papa á todas las regiones sometidas al dominio de los Francos, y que formaban en el Occidente una porción tan considerable que se las llamaba comunmente el *Imperio* ó el *Reino de los cristianos*. Para ganar á Luis II le había dado en su supuesto concilio los títulos de *Emperador*, de *César*, de *Augusto*, sin miramiento por las pretensiones de la cancelaría bizantina, la cual desde Carlomagno protestaba siempre contra lo que

miraba como una usurpación de los Francos. La emperatriz Ingelberga, que tenía mucha influencia en el ánimo de su esposo, había sido calificada allí de *Augusta*, de *nueva Pulqueria* (1). Con las actas de este conciliábulo, les envió presentes y cartas lisonjeras y aun aduladoras, en las que suplicaba á Ingelberga emplease su ascendiente con el emperador para empeñarle á que echase de Roma á Nicolás I como depuesto por un concilio ecuménico.

6. Mientras esto se tramaba, se preparaba en el Oriente una revolución que había de producir inmensos resultados. El hombre que debía de llevarlos á cabo había tenido extraño destino. En 851 un pobre cautivo, natural de Andrinópolis, llevado como esclavo por los Búlgaros, había logrado romper sus grillos y escaparse, y se fué á Constantinopla á buscar trabajo y pan. No poseyendo nada y no esperando hallar abrigo en ninguna hospedería de la ciudad imperial, se acostó lleno de tristeza en las gradas de la iglesia de San Diomedes, entonces extra-muros. Nicolás, guarda de la iglesia, vió al mendigo, tuvo compasión y le hospedó en su humilde casa. Basilio, nombre del desconocido, había aprendido entre los Bárbaros el arte de domar los caballos más reacios y feroces. Miguel III en su niñez se ejercitaba mucho en la equitación, y tenía en su caballeriza un hermoso caballo árabe que nadie había podido montar, é impaciente el monarca mandó que le cortasen los jarretes. Pero los cortesanos le hablan de Basilio como de un hombre capaz de domar el nuevo Bucéfalo. Llevan al indómito caballo al hipódromo, donde había reunido inmenso gentío. Basilio acaricia al animal feroz, que en sus manos va perdiendo sus fuegos; consigue hacerse dueño, lo amansa y lo monta dando mil carreras con aplausos inmensos del concurso. Miguel III, entusiasmado, le nombra inmediatamente su primer escudero. « ¡Qué buen jinete me han dado » allí! dijo Miguel á su madre la emperatriz Teodora. Hijo

(1) Pulqueria, hija de Arcadio y esposa del emperador Mauricio, es honrada como santa en la Iglesia griega. Fué la que hizo se convocasen los concilios ecuménicos de Éfeso y Calcedonia.